

¡Aventuras salvajes!

LIBERA A LOS SAURIDS
SUPER SAURS
con la app gratuita

JAY JAY BURRIDGE

SUPERSAURS

LUCHA DE TITANES

DESTINO

JAY JAY BURRIDGE

SUPERSAURS

LUCHA DE TITANES



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The World of Supersaurs. Clash of the tyrants*
© del texto y de las ilustraciones: Supersaurs Limited, 2018
Ilustraciones de Chris West y Jay Jay Burridge
Reservados los derechos morales del autor y del ilustrador
Publicado originalmente en inglés por Supersaurs, un sello de Bonnier Zaffre, Londres
© de la traducción: Andrés Rus Sánchez, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2019
ISBN: 978-84-08-20207-3
Depósito legal: 26.459-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*
El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Grace y Franklin

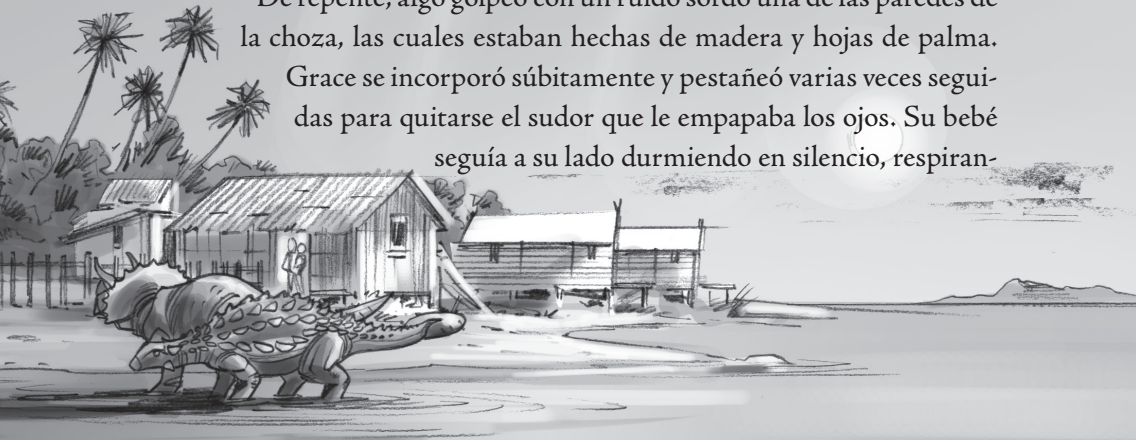
~ Carter, su maravilloso bebé ~

Koto Lama, Wokam, Islas Aroe
Provincia de las Molucas, Indonesia Oriental, 1921

Grace Kingsley se despertó febril. Un mechón de pelo mojado le caía por la cara. La cabaña parecía balancearse de un lado a otro y, en su interior, poco a poco, la atmósfera se había vuelto densa y húmeda, como siempre sucedía después de que cayera uno de los típicos aguaceros propios del monzón.

De repente, algo golpeó con un ruido sordo una de las paredes de la choza, las cuales estaban hechas de madera y hojas de palma.

Grace se incorporó súbitamente y pestañeó varias veces seguidas para quitarse el sudor que le empapaba los ojos. Su bebé seguía a su lado durmiendo en silencio, respiran-



do e inflando el pecho de forma acompasada. El cielo de última hora de la tarde se había teñido de un intenso color naranja y los rayos de luz se filtraban a través de las rendijas de los finos tabiques.

—¿Grace, estás despierta? —preguntó Jara desde la puerta al tiempo que encendía una linterna.

—Creo que sí... —contestó Grace, estirando muy despacio las piernas sobre la dura cama y acariciando con mimo una de las suaves mejillas de Carter—. ¿Ha vuelto ya Franklin?

—No, todavía no... ¿Tienes hambre? He hecho guiso de pescado —le ofreció su anfitriona.

—Ahora mismo no, gracias, Jara. La cabaña... parecía estar moviéndose...

—Era *Junti* y los otros quilos haciendo trastadas. No sé cómo se han escapado del redil y se han repanchingado debajo. Hoy están todos los saurios muy juguetones. Estabas dormida y no te has dado cuenta, pero han entrado revoloteando tres rhiptus rhats... ¡He tenido que espantarlos para que no se acercaran al niño!

En ese momento, la diminuta y bien arropada criatura se desperezó al despertar de su profundo letargo y parpadeó varias veces.

—Te dejo para que puedas amamantar a tu hijo... —dijo Jara con una amable sonrisa antes de marcharse.

Poco después de que los últimos destellos anaranjados del sol desaparecieran, comenzaron a oírse unas voces procedentes del exterior. Grace intentó distinguir de quién se trataba, pero todas parloteaban en el dialecto local; de pronto, una particularmente poderosa irrumpió en la estancia hablando en inglés.

—¡¿Otra vez?! Estoy seguro de haberlos vuelto a meter dentro y cerrado bien la puerta. ¿Qué estaban haciendo?

—Estaban debajo de la cabaña... Lo más probable es que oyeran al bebé y quisieran echarle un vistazo, no hay duda —replicó Jara con tono burlón.

—No seas tonta, el crío no ha llorado ni una sola vez desde que nació. Dudo mucho que los quilos, ni ninguno de los vecinos, sepan siquiera que hay un recién nacido aquí. Está claro que hay algo que está asustando a los saurios... Ya te comenté que vi a varios raptos-sombra en la espesura yendo en dirección a Koto Baru..., pero nunca se habían acercado tanto a Koto Lama.

—Bueno, ya he puesto yo a los tricornis de cuernos finos con los quilos, pero asegúrate de que el redil se queda cerrado del todo... —pidió ella—. ¿Franklin no ha venido contigo?

—No, le dije que se quedara en el pueblo, que disfrutara de la tarde y se echase una siestecita en la casa de huéspedes. Cuando me marché estaba enfrascado en una intensa conversación con otro occidental, brindando con él como si celebraran algo...

De repente, la choza pegó un respingo hacia delante e hizo que las sombras procedentes de las lámparas colgantes se arremolinaran entre sí. En el acto, Grandu salió de nuevo disparado maldiciendo a pleno pulmón en dirección a la luz crepuscular.

—¡Deja de restregarte contra mi cabaña, saurio patoso!

El resto lo dijo en su lengua nativa.

Grace volvió a centrar su atención en Carter, su maravilloso bebé, el cual, en aquel momento, levantaba los brazos por encima de su cabeza, estirándolos en un discreto gesto de satisfacción después de su toma de leche, ajeno por completo al estruendo y a los graznidos procedentes del exterior. Su madre sujetó sus diminutas manos y empezó a dar palmitas con ellas conforme lo entretenía con el fragmento de una tonadilla.

Hueso de luz, piedra de estrella,
muchacho dos veces nacido,
te esconderás en aquel nido
de donde un hombre saurio emerja.



* * *

Koto Baru, el Pueblo Nuevo, parecía atraer en aquella época a todo tipo de visitantes extranjeros. De hecho, Franklin llegó a distinguir hasta cinco idiomas diferentes entre un grupo de hombres que charlaban en la parte trasera del bar mientras jugaban a las cartas.

—¿Y de dónde es usted, Lambrecht? —le preguntó a su compañero de copas.

—De Königsberg, Prusia. Y, por favor, llámeme Lambert. Es mucho más fácil.

—Y menos germánico, ¿no? Hay que ver cómo desea la gente olvidarse de la guerra... Tengo un buen amigo, Theo, que, por mucho que lo intenta, no consigue hacerlo. La lucha sigue viva dentro de su cabeza...

—Sí, es por eso... Y de paso también porque siempre he querido poder elegir mi nombre... Lambrecht es soso. Sin embargo, Carter..., ese sí que es un gran nombre. Está claro que le espera una vida llena de exploración y aventuras, ya lo creo... —dijo el hombre alzando su vaso—. Por Carter.

Franklin sonrió ilusionado y levantó su bebida para brindar.

—Por Carter. ¿Tiene usted hijos, Lambert? —preguntó después de bajar su copa.

Su acompañante negó con la cabeza.

—Ninguno.

—¿No le interesan o es que, quizá, no ha encontrado aún a la mujer indicada? —apuntó él rápidamente.

Todavía seguía eufórico por lo acontecido en las últimas veinticuatro horas. El hecho de haber sostenido entre sus brazos a su hijo recién nacido por primera vez le hacía sentir como si, de alguna manera, las normas habituales de cortesía hubieran dejado de existir, conduciéndolo, con una falta de cautela impropia en él, a hablar con un extraño.

Lambert respiró hondo y suspiró:

—No. Tengo una esposa con la que soy muy feliz. Pero nunca hemos tenido hijos. Y así estamos bien. Mi padre no fue, digamos, un padre perfecto...

Franklin se sintió intrigado.

—Continúe —lo animó conforme se reclinaba de nuevo en su silla.

Su compañero hizo una pausa antes de comenzar su relato.

—Bueno, yo tenía cinco hermanos mayores. Uno era mi gemelo. Pero todos eran más grandes, más fuertes y más listos que yo. Mi padre sentía una clara preferencia por ellos. Yo era débil y enfermizo. La infancia no fue una buena época para mí. De modo que me enviaron lejos, a respirar el aire puro de los Alpes.

Acto seguido, dio un sorbo a su copa y prosiguió con la historia de su vida, abandonándose por completo a sus recuerdos.

—Mi hermano gemelo murió cuando yo tenía siete años. Fue un accidente terrible. Mi madre falleció poco después. Y mi padre, sumido en la pena, me culpó a mí. Fue entonces cuando me mandaron mucho más lejos aún: a un internado en Inglaterra.

A continuación, contempló durante un segundo su bebida y prosiguió:

—Cuando regresé, ya siendo un muchacho, me había convertido para todos los miembros de mi familia en un completo extraño.

Franklin se había quedado sin palabras. No se sentía con derecho a seguir indagando en las trágicas circunstancias de la infancia de aquel hombre. Era evidente que la muerte de su hermano gemelo había condicionado el resto de su existencia.

—Mi padre no hizo el más mínimo intento de conocerme —prosiguió Lambert al tiempo que se acomodaba en su asiento—. Dejé que me abriera camino en el mundo como me diera la gana mientras concentraba sus energías en asegurarse de que mis hermanos alcanzaban una

buena posición en los negocios familiares. Todos ellos lucharon en la guerra. Yo, sin embargo, fui rechazado en la oficina de reclutamiento. Cuando volvieron a casa triunfantes, mi padre los acogió aún más en su seno. Pero a mí no.

Franklin lo escuchaba con atención. Lambert alzó la mirada con una débil sonrisa y siguió:

—Por desgracia para él, lo que le deparaba el azar sería ir viendo cómo todos sus seres queridos iban desapareciendo poco a poco. Mis hermanos murieron de forma prematura. El peor de los destinos se abatió sobre ellos. Al final, a mi padre no le quedó más remedio que fijarse en mí, ya que yo era el único que quedaba vivo. Se convirtió en un hombre amargado y resentido. Le iba diciendo a todo el mundo que yo era un inútil y que nunca llegaría a nada... a pesar de haber yo progresado ya lo mío con mis cosas. Se agarró al negocio familiar sin importarle ir haciéndose cada vez más viejo y que su salud fuera cada día más delicada. Así hasta que, un día, mi suerte cambió.

Entonces, Lambert se enderezó en su silla, sacó una pitillera del bolsillo de su chaqueta y se la ofreció a Franklin, quien rechazó el ofrecimiento.

—La casa de mi padre ardió con él en su interior... —dijo con voz suave, pasando levemente la mano por encima de la brillante lumbre azulada que se alzaba de su encendedor y exhalando una bocanada de humo—. Lo heredé todo. A priori, se suponía que, siendo el sexto hijo, jamás llegaría a ostentar el título de mi padre: vizconde. No obstante, al final, así fue. Por increíble que parezca, el más débil de todos acabó siendo el único superviviente.

Acto seguido, removi6 los restos de cerveza en el fondo de su vaso y lo levantó de nuevo. Sus ojos observaron cómo la fina cortina de humo de su cigarrillo se alzaba en dirección a los travesaños del techo.

—Qué historia más triste... —murmuró Franklin sin saber qué otra cosa decir.

Sin duda había sido un relato de lo más extraordinario. Comparándolo con el de su propia infancia, no pudo evitar ser consciente del afecto que recibió en su momento de sus padres, así como de la forma en la que estos lo apoyaron siempre a la hora de perseguir sus sueños. ¡Qué ganas tenía de presentarles a Bunty y a Sidney a su nuevo nieto! Es verdad que le dolía en el alma cada vez que se acordaba de su pequeña Bea, a la cual tanto extrañaba; sin embargo, sabía que estaba en buenas manos.

Lambert lo miró y sonrió.

—Sí, para ellos desde luego... —dijo guiñándole un ojo—. Pero no para mí. Venga, brindemos por la vida y la muerte.

Al cabo de un segundo, ambos vasos chocaron entre sí.

—Por la vida y la muerte.

—Estoy seguro de que, durante todo este tiempo, tiene que haber echado muchísimo de menos a su hermano gemelo, ¿no es así? —preguntó Franklin ahora que la tensión ya había aligerado.

—Lo cierto es que no puedo decir que haya añorado nunca a nadie de mi familia —declaró su acompañante de forma estoica.

—Mi hermano tiene dos hijas gemelas. Idénticas. Y yo tengo también una hija de dos años: Beatrice. Está en Inglaterra.

—Dos ya son bastantes... —bromeó Lambert lanzándole un nuevo guiño—. Con un ojo la vigila a ella y con el otro a él...

Franklin, sintiendo la necesidad de corresponder a una historia tan personal como la que acababan de contarle con algún tipo de revelación de su propia vida e inspirado por lo referente a las gemelas de su hermano, se desabrochó el botón superior de su camisa, levantó con la mano el gastado cordel que rodeaba su cuello y dijo:

—Mire, eche un vistazo a esto...

Colgando de un extremo, había una oscura y extraña piedra que brillaba y resplandecía con intensidad en la penumbra. Franklin la apoyó sobre la mesa, frente a Lambert, quien contempló su cautivadora superficie.

—Esto lo encontré en América. Es la pareja de otro igual. Los dos tienen enganchadas unas piedras idénticas, igual de raras... Fíjese, son, de hecho, ¡un pequeño hueso!

Su acompañante levantó con cuidado el colgante a la luz. Un profundo resplandor parecía arder en su interior y, desde ahí, iluminar el resto del objeto. Dentro de su negra oscuridad, daba la impresión de que flotaran unos reflejos rosados y púrpuras mezclados con destellos de jade y turquesa.

—Dios mío, pero si brilla... —observó el hombre con admiración.

—En efecto... El otro tiene la mitad restante de este hueso. Ambos se juntan para formar uno solo. Son dos pedazos de una misma cosa. Una y una... ¿Comprende?

A continuación, Franklin hizo un gesto con la cabeza al camarero para que les sirviera otra copa. Lambert, por su parte, permanecía hipnotizado por el poder fascinador de la piedra. Entonces, de modo brusco, apartó su atención de ella.

—Lo siento, creo que no lo sigo... ¿Por qué posee solo uno de ellos? Tendrían que estar los dos juntos, ¿no?

—No sabría explicarle muy bien por qué me quedé solo con uno... Algo me impulsó a hacerlo. Tenía que cogerlo...

Lambert lo observó con expresión de desconcierto.

—¿Quiere decir que lo robó?

Franklin se echó a reír.

—Bueno, supongo que puede llamarlo así, sí. Aunque era evidente que sus antiguos propietarios ya no los querían para nada. Los dos geme-

los llevaban mucho tiempo muertos... Ya se lo he dicho... Yo soy un explorador. Un buscador de tesoros. Incluso al gran Howard Carter...

Nada más mencionar a su héroe, se detuvo en seco y alzó su copa para hacer un brindis en su honor. Lambert hizo lo propio y ambos exclamaron:

—¡Por Carter!

Acto seguido, los dos apuraron sus vasos de un trago y golpearon con ellos sobre la mesa.

—Incluso al hombre que descubrió la tumba del faraón Tutankamón se le llamó saqueador —continuó Franklin—. Yo lo único que quiero es saber cuál es el misterio que rodea a este hueso, y cuál es el secreto que encierra en su interior.

Lambert observó con mayor intensidad aún la extraña piedra.

—Es como mágico... Pero ¿de qué está hecho? ¿Qué es, entonces? ¿Una piedra o un hueso?

—¿Lo ve? ¡Ya lo tiene fascinado! Esto, amigo mío, no es ni una cosa ni la otra... Sino ambas.

—¿Cómo puede ser? —subrayó su acompañante al tiempo que Franklin volvía a coger el objeto con la mano y lo sostenía ante sus ojos mientras el último de los rayos de sol del día iluminaba su superficie, liberando dentro de él un cegador abanico de destellos.

—Se trata de una piedra semipreciosa llamada «ópalo». Recientemente, se han encontrado varias como esta en los Lightning Fields del oeste de Australia. Acabo de estar allí comprobándolo.

—Así que es una piedra —sentenció Lambert.

Franklin asintió.

—Sí, pero, como le digo, no es solo eso. Es también un hueso de dinosaurio fosilizado y convertido en ópalo.

Su acompañante frunció el ceño, confuso.



—Pero ¿cómo se convierte un hueso en un ópalo?

—Eso es exactamente lo que quería averiguar —replicó él con entusiasmo, emocionado ante la oportunidad de poder hablar en detalle de lo que era su obsesión—. Y lo que es más importante aún: ¿por qué estos huesos tan raros convertidos en ópalos se hallan esparcidos por el mundo? Y ¿cómo es posible que, este en particular, bueno, la mitad de este, acabara en América hace cientos, puede que miles de años?

—Tengo la sensación de que va a contármelo. Habrá que pedir otra ronda —respondió Lambert, y le hizo una seña al camarero, quien rellenó ambos vasos conforme Franklin continuaba hablando.

—Pues resulta que este objeto es la piedra llave de un hombre saurio. Algunos textos antiguos se refieren a él como un «hueso llave»... —se atrevió a explicar—. Piedra o hueso. Da igual.

—¿Y debería yo saber lo que es un hueso llave o una piedra llave?

—No... De hecho, es posible que solo haya unas cuantas personas en el mundo que sepan que pertenece a un hombre sau-



rio... —dijo Franklin bajando la cabeza y continuando en voz baja—: Se trata de un secreto muy bien guardado.

Acto seguido, guiñó un ojo e intentó, sin éxito, darse un par de toquecitos en la nariz. Los licores de la isla habían comenzado a hacer mella en él.

—Continúe —lo alentó Lambert intrigado.

—No es mucho lo que queda del antiguo Imperio de los hombres saurio. Fue una civilización que floreció y se extendió por todos los rincones del planeta; sin embargo, desapareció hace miles de años. Conforme fue pasando el tiempo, fue absorbida por otras culturas y religiones hasta diluirse por completo y transformarse en lo que es ahora: un mito. No obstante, algunos retales de su existencia permanecen entre nosotros. Es la orden secreta de los hombres saurio la que los mantiene con vida.

—Increíble... —murmuró Lambert con voz compungida—.Y ¿qué hace esta piedra llave exactamente?

Los ojos de Franklin se iluminaron de golpe. Había cogido ya carretillo en su relato y no había quien lo parara.

—Posee una especie de extraño poder. Creo que lo que cada una de ellas es capaz de hacer depende de su propietario, ya que todos los informes de los que tengo conocimiento difieren al respecto. Lo único en lo que coinciden es en que el hombre saurio que, en su momento, llevó ambas colgadas, al parecer vivió mucho mucho tiempo. Algún día le entregaré esta piedra a mi hijo Carter.

Lambert dio una calada a su cigarrillo y, antes de exhalar el humo muy despacio, añadió:

—Muy interesante...